

LA DEFENSA Y EL PROBLEMA DE LA DISUASION

José Luis FERNANDEZ-FLORES

General Consejero Togado.

Director de la Escuela de Estudios Jurídico del Ejército.

Catedrático de Derecho Internacional Público y Privado.

I. INTRODUCCION

I. Tomo como lema de esta exposición la *expresión* de T. Livio, «*dissuadere pacem*», que utilizó para aconsejar que no se hiciese una determinada paz. Independientemente de que yo también pienso que ciertas paces son desaconsejables, en cuanto hay valores superiores a la paz, hoy voy a remedar la expresión, cambiándola por la de «*dissuadere bellum*», disuadir de la guerra por medio de la posesión de la fuerza que, potencialmente, se usaría en la misma.

1. La palabra *disuasión* utilizada con la particular significación que tiene aplicada a nuestro campo de estudio, es *ambigua* y siempre se utiliza de forma ambigua. Frecuentemente se alude a la disuasión y no se sabe de que se habla, en cuanto esa vaga idea de disuasión que posee el hombre de la calle, el socorrido hombre de la calle, no coincide con el concepto real y, pudiéramos decir, técnico que tiene.

2. Este estudio, me brinda la *ocasión*, que no voy a desaprovechar de *construir* una teoría general de la disuasión, para que me sirva de base en la exposición de las disuasiones particulares que existen en el mundo de nuestros días.

Y el intento, no está exento de *dificultades*, porque, si en una primera aproximación al tema, me pareció relativamente sencillo, en una relativa profundización del mismo, he tropezado con una serie de datos, a su vez confusos, que me han complicado extraordinariamente el estudio.

Luego, no ha sido menor la dificultad para *resumirlos* y adaptarlos a ésta, necesariamente breve, exposición oral.

II. La *guerra* es una *constante* en la historia de la humanidad. Ha existido siempre y continúa existiendo.

Lo que ha ocurrido es que, en tiempos *anteriores* a los nuestros, cuando las comunicaciones eran difíciles, no nos enterábamos de muchas guerras que sucedían lejos y así hablábamos de períodos de paz,

con referencia sólo a nuestro particular círculo de civilización. Vale recordar, sin embargo, como lo hizo *Toynbec*, que no vivimos solos y que existen otros círculos de civilización, que también son de hombres.

Hoy, las guerras *chicas*, las guerras localizadas, las que leemos todos los días en los periódicos, con triste indiferencia para los sufrimientos de nuestros semejantes, están ahí. Y la sombra de la guerra *grande*, la que podría afectarnos a todos, la que terminaría con nuestra civilización y cuya posibilidad consideramos cada día con la mirada de lo improbable, también están ahí. por ahora es sólo una sombra. Deseemos que siga siéndolo, porque desear que desaparezca la sombra es ya un sueño.

La guerra, y ya ha sido dicho, parece la ocupación *favorita* del hombre. Y hay que reconocer, como lo hace *Nicholson*, que «*La guerra es una actividad que está en desacuerdo con la mayor parte de las restantes actividades humanas, tales como la búsqueda de la salud, de conocimiento, de una vida familiar feliz, etc. que se desarrollan mucho mejor todas ellas en condiciones de paz. La paradoja es evidente*».

Y a este efecto, recuerdo que, en *una ocasión*, asistí a dos conferencias seguidas, la primera dada por un Coronel médico, que habló sobre la nueva medicina de guerra, cada vez más perfecta y que curaba a más y mejor, y, a continuación, la segunda, dada por un Coronel, esta vez de Armamento, que habló con orgullo de una nueva arma que podía matar a más y en menos tiempo.

III. Pero, la *paz* y más concretamente, la *idea* de la paz, y digo idea muy intencionadamente, también ha sido una constante de la humanidad.

A lo largo de toda la *historia*, desde los primeros textos que nos han llegado, las alabanzas a la paz han estado en la boca y en la pluma de los hombres más grandes. Y, en última instancia, en la mente de los más chicos. Pero, vuelvo a advertir, que solamente la idea, porque el corazón y las manos de casi todos los hombres, se han ido detrás de la guerra. Y, frecuentemente, con el aliento de las mujeres. Y basta repasar la historia y la literatura para comprobarlo.

Muchos han sido los *camino*s que se han propuesto para conseguirla. Desde los más idealistas y utópicos hasta los más prácticos; desde los que han imaginado, en las mesas de sus estudios, los hombres de pensamiento, hasta los que han intentado, en medio de las turbulencias de la vida pública, los políticos de acción. Los proyectos de paz perpetua y los tratados de paz duradera, se han sucedido en el tiempo, en una larga lista que no es ocasión de traer aquí.

1. La *realidad* nos guste o no y aunque sea vejatoria para el hombre de hoy, orgulloso de una civilización que ha sido producto de unos

pocos, es que la paz solo se ha mantenido, cuando se ha mantenido, por medio de la fuerza. En unos casos, la fuerza ha servido para imponer la paz a los pueblos que se han sometido, a los pueblos que no han luchado, a los pueblos de los que no queda memoria. En otros, la fuerza ha servido para defender la paz de los pueblos que no se han resignado a morir.

Así, en muchas ocasiones y en la actual, la *fuerza* es el soporte de la *independencia*, la base de la libertad, el techo de los valores y del estilo de vida de los pueblos. Porque, como dijo *Le Bon*, «*las civilizaciones se forjan con ideas; pero todavía se defienden con cañones*».

Y podemos decir más. En muchos casos se defienden con la sola *existencia* de los cañones, con la sola posesión de los mismos. Y, por aquí, vamos entrando en el meollo de nuestro tema: En la esencia de la *disuasión*.

2. La *Disuasión* y, concretamente, la disuasión de la guerra, es, en definitiva, la posesión de la fuerza propia, para desaconsejar la guerra al otro.

Esta es la *disuasión real*, porque las demás disuasiones no merecen, en verdad, este nombre. Y es que, como dijo *Swinderen*, en la inauguración del Palacio de la Paz de la Haya, debemos «*estar atentos a no dejar que nuestros ensueños e ilusiones, rebasen los límites de lo que sea humanamente posible y realizable*». El hombre es como es y la realidad internacional es como es y no de otra manera, de modo que lo más que podemos hacer los hombres, es reconocer las realidades y buscarles soluciones posibles en el mundo de lo real.

Sin embargo y por esta misma disposición a movernos en el mundo de las *realidades*, no podemos ignorar los múltiples *problemas* que plantea la disuasión. Problemas que aparecen en el concepto mismo de lo que sea disuasión. Problemas que surgen de la posibilidad, aunque no nos guste, de otras formas diferentes de disuasión. Problemas, en fin, que emergen de cada una de las condiciones que la disuasión exige para su efectividad.

Porque, la disuasión tiene que cumplir una *misión* fundamental, cual es la de evitar la guerra y mantener la paz y si se recurre a disuasiones que no son efectivas, habremos de hurtarles tal nombre, aunque la doctrina y los técnicos del problema las consideren como tales y se detengan en su estudio, más de lo que significa una simple mención.

II. LA CONSTRUCCION DE UNA TEORIA DE LA DISUASION

1. La *disuasión*, en cuanto teoría, nos plantea *tres problemas* fundamentales: El de su *concepto*, el de sus *manifestaciones* y el de sus *condiciones* básicas.

En este momento nos vamos a detener en el primer punto, en el *concepto*, algo tan confuso que un autor como *Bouthoul*, dedicado a estos temas, ha dicho que consiste «*en salvar la paz sin recurrir a la guerra*», lo cual no deja de ser sorprendente desde el momento en que es imposible salvar la paz si se recurre a la guerra para salvarla.

1. En términos *generales*, la disuasión consiste en inducir a alguno, con razones, a mudar de propósito o a desistir de un propósito; en sentido amplio, también entra en la disuasión, el apartar a alguien de una empresa ya comenzada a ejecutar.

De manera que, realizándolo un *análisis* de la idea expuesta, nos encontramos con que la disuasión es un camino para un fin o, en otros términos, una actitud para un resultado. El *camino* supone: 1.º) La actitud de alguien; 2.º) La utilización de razones; 3.º) El dirigirse a otro. El *fin*, es siempre el mismo: Inducirle a mudar o a desistir en su propósito inicial.

2. *Trasladado*, este planteamiento, al mundo peculiar de las relaciones internacionales y, aun más exactamente, al campo de la evitación de la guerra y el mantenimiento de la paz y, todavía más particularmente, al ámbito de la defensa, resulta lo siguiente:

A) El *procedimiento* de la disuasión, supone la existencia de tres datos: *actitud* del sujeto agente, utilización del *medio* de la posesión de la fuerza y, finalmente, *dirección* hacia el potencial enemigo.

En la actitud del sujeto agente o *actitud propia*, lo destacable es que tiene que existir voluntad de disuasión, lo cual supone tanto la voluntad de disuadir, en sí misma, como la voluntad de utilizar la fuerza si el caso llegare. Es decir, ha de haber voluntad de lucha, que de nada sirve la posesión del arma material si no existe el arma moral de utilizarla. En principio, hay que pensar que esta voluntad de lucha y no solamente de resistencia, está en todos los pueblos. Que no hay memoria de los pueblos que han carecido de ella y por eso, yo no puedo recordarlos.

El medio es la posesión de *la fuerza*. Aquí, las «razones» hay que ponerlas entre comillas, porque, junto a las razones en el sentido recto del vocablo, están las razones, dicho sea metafóricamente, de la fuerza material. Que poco valen las razones, pero ¿qué país se ha defendido, alguna vez, sólo con razones?. Durante la Segunda Guerra, la «*Aktion Schweiz*» alemana no se puso en ejecución, no porque Suiza adujese buenas razones lógicas, sino porque, fundamentalmente, adujo la lógica de su potente ejército.

Finalmente, en lo relativo a *la dirección* que se imprime a la actitud agente, hay que hacer constar que ésta va orientada al enemigo potencial. Tiene la intención de hacer que este enemigo o que se estima como tal, reflexione sobre su propósito de hacer la guerra y que refle-

xione teniendo en cuenta el poder de aquel que pudiera ser atacado y que es el sujeto agente de la disuasión.

B) En cuanto *al fin*, lo que se pretende con la disuasión es que no se desencadene la guerra e inmediatamente, que se mantenga la paz. Hay que hacer la precisión de que esta disuasión en paz, no es la única, puesto que hay *también* disuasión en la guerra, cuando se trata de inducir al enemigo a que no utilice ciertas armas, por la posibilidad de una réplica semejante.

II. La disuasión admite *manifestaciones* o formas diferentes, las cuales varían en la naturaleza y en los medios. En primer lugar podemos distinguir entre disuasiones impropias y disuasiones propias, para centrarnos en estas últimas.

1. Dentro de las que llamamos disuasiones *impropias*, se dan dos modalidades: la huida y el sometimiento.

A) La *huida* supone la posibilidad, para las poblaciones amenazadas, de huir a otros territorios, en caso de guerra, lo cual, en tiempos anteriores, pudo ser disuasión pues el atacante perdía las manos de los huidos. Esta es, actualmente, una disuasión imposible, por la razón fundamental de que exige la existencia de *grandes espacios físicos* vacíos, que ahora no existen. Así que, aunque se haya dado en ciertos momentos históricos, podemos olvidarnos de ella.

B) El *sometimiento*, es decir, la voluntad de entrega, es también una disuasión imposible. O así, al menos, quiero creerlo. Porque se necesitan tan *grandes espacios espirituales* de renuncia, de dejación de valores y de modos de vida peculiares, que no puedo pensar que existan en pueblo alguno. El sometimiento evita la guerra, es indudable, pero a cambio de la esclavitud.

Una *variedad* del sometimiento, es el que predicán las personas o grupos afines ideológicamente con el potencial enemigo, para cambiar por este medio lo que no puedan cambiar de modo normal.

2. Las que llamamos disuasiones *propias*, se pueden dividir en disuasiones psicológicas y disuasiones físicas o materiales.

A) Las disuasiones *psicológicas* son aquéllas que sólo actúan en el plano de los razonamientos, en el sentido recto de la palabra. Son de tres tipos: morales, jurídicas y políticas.

La disuasión *moral* es la que desaconseja la guerra al enemigo con el argumento de que la guerra es mala. Con esta tesis se trata de influir en los contrarios, como individuos para que objeten en conciencia contra la guerra y, como sociedad, para que la opinión pública desista de ella. En esta línea se pueden situar los *alientos a los movimientos pacifistas*, casi nunca pacíficos, que se desarrollan en los países con libertad y que no pueden desarrollarse en los otros. Yo no dudo de que entre los paci-

fistas haya algunos pacíficos de buena fe, pero tampoco dudo de que son una forma de disuasión que se promueve desde el otro lado.

La disuasión *jurídica* es la que trata de hacer desistir de la guerra, al posible adversario, con argumentos de Derecho, tales como que la guerra está prohibida y, por tanto, es ilegítima; o que, en el caso de desencadenarse la guerra y perderla... los culpables serán condenados por tal delito.

La disuasión *política* es la que descansa sobre las alianzas defensivas. Se trata de persuadir al contrario de que no se lance a la aventura bélica porque son muchos los que están dispuestos a defenderse. En este caso, estamos tentados de decir que el miedo hace la fuerza, porque, en el fondo, en el fondo de todas las alianzas defensivas ha estado el miedo. Bien claramente lo dijo *Spaak*, dirigiéndose a *Vichinsky*, en relación con la política de alianzas que desembocó en la OTAN: «*La delegación soviética no debe buscar explicaciones complicadas a nuestra política. ¿Sabe usted cuál es la base de nuestra política? Es el miedo, el miedo a usted, el miedo a su gobierno, el miedo a su política*». Recordemos que, por este tiempo, el expansionismo soviético iba engullendo, uno a uno, a los países europeos, sin que pudiese preverse donde iba a acabar el festín.

B) Las disuasiones *físicas* o materiales, son aquéllas que se basan en la fuerza y son de dos tipos: Defensivas y ofensivas.

Las disuasiones *defensivas*, tienen una manifestación *directa* en la construcción de líneas defensivas, recintos amurallados, etc, con armas de carácter defensivo solamente. La verdad es que la historia ha demostrado que en la pugna entre el escudo y la espada, siempre ha acabado triunfando la segunda. El valor fundamental de los castillos es el de servir de pedestal para un nuevo avance o no servir para nada.

También, bajo el nombre de disuasión *defensiva*, pero *indirecta*, se pueden colocar los esfuerzos para el *desarme*, con la vista puesta en el desarme enemigo, como una forma de ponerle obstáculos en su propósito de desencadenar la guerra.

Por otro lado está la *disuasión ofensiva*, la única disuasión real, la única que —desgraciadamente— entienden los hombres y, por ello, la única que evita la guerra y mantiene la paz. Según *Bouthoul*, consiste en considerar «*no simplemente una resistencia puramente defensiva y en cierta manera sedentaria, sino también un enfrentamiento con las mismas armas y los mismos métodos que el agresor. Es decir, el combate, la batalla y, en caso de éxito, la contraofensiva y la contrainvasión*».

En otros términos, esta disuasión *consiste* en desaconsejar al contrario que rompa las hostilidades, amenazándole con una respuesta bélica

de la misma condición que su ataque. Esta es la disuasión en sentido propio, la disuasión por antonomasia.

3. En *conclusión*, a través de este recorrido por los diversos tipos o manifestaciones de la disuasión, hemos llegado a formarnos un concepto relativamente claro de la *idea* que la preside y, al propio tiempo, hemos llegado a aislar y a enmarcar la *figura* fundamental de la disuasión, la disuasión por principio, la disuasión basada en la fuerza.

Esta disuasión puede ser *definida* como la posesión de una fuerza adecuada y una voluntad de lucha, para inducir al enemigo potencial a desistir de la guerra. A partir de este momento, solo a esta disuasión nos *referiremos*.

III. Las *condiciones* para que la disuasión sea efectiva, es decir para que cumpla su función de evitar la guerra, son de dos tipos: Materiales y anímicas.

1. Todas las condiciones *materiales*, hacen relación a la *fuerza* y, en resumen, lo que reclaman es que la fuerza exista, que sea adecuada y que sea utilizable.

A. Aunque parece obvio decirlo, es necesario que la fuerza *exista*. La cuestión de en que debe consistir la fuerza, no es materia de nuestra competencia, pues varía con el paso del tiempo.

En el mundo que nos ha *precedido*, la fuerza estaba puesta fundamentalmente en los hombres, pues las armas eran relativamente sencillas y fáciles de fabricar, de donde resultaba que la potencia de los países había que medirla por la cantidad de hombres que podían ser puestos sobre las armas. *Actualmente*, la ecuación se ha invertido, porque las armas han llegado a ser tan poderosas y tan difíciles de fabricar, que lo que cuenta en la fuerza son estas armas y menos la cantidad de hombres que, posiblemente, en una hipotética futura guerra, tendrían muy poco que hacer.

B) En segundo lugar, es necesario que la fuerza sea *adecuada*. Es la única forma de que la respuesta bélica sea posible.

Esto supone la existencia de un *equilibrio* de fuerzas que, entiéndase bien, *no es igualdad* sino semejanza, aproximación, equivalencia. Esta equivalencia o equilibrio supone también compensación, en el sentido de que se trata de equilibrio global de fuerzas, de modo que las de un tipo pueden compensarse con las de otro, por relación a poder destructivo y a cantidad.

Actualmente, con las modernas armas de destrucción masiva, el problema se ha complicado por un lado y se ha simplificado por otro. Se ha *complicado* por la dificultad de compensar unas armas tan sofisticadas, en las que juegan los vectores que las transportan, las cabezas nucleares, el número de megatones, la velocidad que desarrollan, el nivel por el que vuelan, etc. Pero, al propio tiempo, se ha *simplificado* por-

que el equilibrio se concreta, sencillamente, en un equilibrio de terror mediante lo que podemos denominar «poder destructor bastante». ¿Bastante para qué?, Para causar al potencial enemigo tal destrucción que, aunque él tuviese más, quedaría destruido en la suficiente proporción como para desistir del ataque.

C) Finalmente, es necesario que la fuerza fundamental, sea *utilizable* fácilmente.

Este dato hace referencia a la relación de las armas. Aquí, el espacio y el tiempo se confunden, para dar superioridad a aquel que tiene situadas sus armas de modo que es quien más rápidamente puede utilizarlas. Este es el problema que condiciona otros muchos, en la relación entre norteamericanos y soviéticos respecto al posible teatro de guerra en Europa.

2 Por otra parte, hay que tener en cuenta también, dos condiciones de carácter *ánimico* que, muy brevemente tratadas, son las siguientes:

A. En primer lugar está la *voluntad* de defensa, es decir, la voluntad de usar la fuerza que se posee pues, a veces, por cobardía o por planteamiento morales, se carece de la misma. Y entonces, la disuasión deja de cumplir su cometido y deja de ser disuasión y hay que darle otro nombre: Tontería.

Cuando, por *ejemplo*, en el lado occidental —y utilizamos la palabra con su significación política— se plantea la posibilidad de no llegar a utilizar las armas nucleares o de no utilizarlas el primero o de no utilizarlas rápidamente, se está prescindiendo de un elemento fundamental de la disuasión y se está comprometiendo la paz. La verdad es que, pese a estas dudas, siempre queda la suficiente voluntad como para que el enemigo sospeche que, llegado el caso, las armas nucleares serían utilizadas, de modo que la disuasión, aún disminuida, sigue cumpliendo su papel.

Anteriormente, hemos dicho que cuando se pierde la voluntad de defensa, la disuasión se convierte en *tontería* y esto tiene su explicación. Si, por un lado, se invierten las enormes cantidades de dinero que cuestan las armas atómico-nucleares y por otro, se advierte que no van a ser usadas y aún que no van a ser usadas nunca, aunque el enemigo ataque, no veo otra forma que la dicha para calificar tal actitud. Esto sería tirar el dinero.

B. En segundo lugar es necesario que coincida también otra condición de carácter *ánimico* o psicológico, cual es la de que todo el entramado tenga *credibilidad*.

Creíble es lo que merece ser creído y solo merece ser creído, es decir, tener credibilidad, lo que se conoce, al menos en sus líneas fundamentales. Creencia es crédito que se presta a algo.

Lo cual, en nuestro caso, *significa* que el dispositivo complejo de

fuerza y voluntad, ha de tener crédito y esta es una operación que parte de la realidad propia y se proyecta en la mente del enemigo potencial. Es decir, el enemigo potencial ha de creer que aquello que es, es así, o sea, que hay fuerza, que es adecuada y que es utilizable y, al mismo tiempo que hay voluntad de utilizarla.

Así, incluso podríamos plantear el tema de si es conveniente que el servicio de «*inteligencia*» del enemigo, compruebe que lo que decimos y lo que no decimos es cierto, al menos en una parte que no comprometa la propia seguridad.

IV. Concluyamos diciendo que la disuasión, así concebida, es el único medio de evitar la guerra y conservar la paz. Esta es la realidad, la fuerza. Lo demás son posturas angelicales o interesadas.

III. LA DISUASION EN EL PLANO UNIVERSAL

I. Aunque no voy a detenerme en la consideración del *panorama* internacional, no puede prescindir de una alusión a las bases fundamentales del mismo, al objeto de enmarcar el problema de la disuasión.

1. En este *planeta* en que vivimos, demasiado empequeñecido por el hombre, el poder se reparte entre *dos grandes* Superpotencias que, gracias a la disuasión mutua, mantienen una paz, tensa y amenazada, pero paz al fin y al cabo. Los demás poderes, a la hora de la verdad apenas cuentan.

Los *dos grandes* centros de poder, representan *dos concesiones* de vida opuestas en todos los órdenes. En definitiva, se trata de dos concepciones del hombre y de la sociedad, que están chocando constantemente en lo moral (en los derechos humanos y en la dignidad misma del individuo), en lo político (democracia frente a totalitarismo), en lo económico (iniciativa particular frente a planificación estatal), en lo social, en lo espiritual, etc.

El *enfrentamiento*, en el plano bélico, es también constante a base de las llamadas «*guerras localizadas*» y de cuya localización en el espacio, en el tiempo y en los medios que se utilizan, se encargan las mismas Superpotencias, de forma directa o indirecta, temerosas del desencadenamiento del Gran conflicto.

2. Y aquí juega su papel la *disuasión* o si se quiere, la «*gran disuasión*», como el único medio seguro, dentro de lo que cabe, para evitar el enfrentamiento último, en el más exacto sentido de la palabra. *Nos guste o no*, la verdad es que o subsiste la disuasión o probablemente, no subsistiremos ninguno.

II. La *historia* de la disuasión, en la que nos vamos a detener sólo lo imprescindible para mostrar su papel, resulta muy ilustrativa.

A mi *juicio* y en un planteamiento improvisado, se pueden distin-



guir, desde la terminación de la guerra, en 1945, tres grandes épocas en las cuales, la disuasión tiene una naturaleza distinta, aunque siempre cumple el mismo cometido. Por supuesto que este esquema está sujeto a toda clase de rectificaciones y es sólo un apunte.

1. En una primera época, que va *desde 1945 hasta 1960*, aproximadamente, podemos decir que la naturaleza de la disuasión es heterogénea. Por ello, optamos por llamarla época de la *disuasión heterogénea*.

Con esta expresión, queremos *significar* que las fuerzas en que se apoya la disuasión, en un lado y en otro, no son de la misma naturaleza. Lo cual no obsta para que exista entre las dos Superpotencias, un cierto equilibrio, suficiente al menos, para evitar el estallido de la guerra.

De la parte de los *Estados Unidos*, se pasa de una situación de exclusividad en el poder atómico a una distinta, en la cual este poder se comparte, pero con una neta superioridad americana, tanto en la técnica como en la cantidad de armas. Los Estados Unidos, que han desmantelado sus ejércitos convencionales al terminar la guerra, se apoyan fundamentalmente en esta fuerza nuclear.

De la parte de la *Unión Soviética*, se pasa de una situación de inferioridad por la carencia del poder atómico, a otra en la cual se comienza a producir el arma atómica, aunque no se alcancen ni en calidad ni en cantidad, las cotas americanas. Así, la disuasión de los soviéticos se apoya, fundamentalmente, en sus numerosos y bien equipados ejércitos convencionales.

2. La segunda época corre *desde 1960 a 1970* aproximadamente y en ella, podemos decir, se ha llegado a una situación de relativo equilibrio de fuerzas, sobre todo a nivel atómico. A esta época la denominó de *disuasión equilibrada*.

Y es que, en realidad, se trata de un *decenio* en el que los norteamericanos han aflojado el ritmo en la carrera armamentista, mientras que los soviéticos, a costa de esfuerzos enormes y de sacrificar la mantquilla para su pueblo, consiguen una paridad, sobre todo en el terreno de las armas de destrucción masiva.

Durante este tiempo, podemos decir, en términos generales, que el poder de *disuasión* de ambas Superpotencias, tiene como base el poder *atómico-nuclear*. Y que, además, este poder es aproximadamente igual, de modo que se equilibra en términos generales, sin contar con el constante aumento y perfeccionamiento del ejército convencional soviético que, sin embargo, no llega a desequilibrar de modo apreciable la balanza de fuerzas.

La *característica* principal de esta época es que se acaba por reconocer el cambio que se ha producido en las *armas*, como consecuencia en

la estrategia y finalmente, como última consecuencia, en la disuasión. La posesión de armas nucleares por ambas partes y en cantidad y calidad suficiente para provocar una catástrofe mundial, hace que la estrategia clásica devenga obsoleta y sea substituida por la estrategia nuclear.

La *consecuencia* es que la disuasión también cambia de naturaleza y pasa de ser una disuasión de *miedo* a la guerra a una disuasión de miedo a la destrucción. En otras palabras, pasa de provocar el miedo a ser vencido por el miedo a ser destruido. Como dice *VENEZIA*, en su libro sobre estrategia nuclear, la disuasión aquí, obra por «*acción indirecta, gracias a la parálisis del adversario, es decir gracias a una capacidad negativa*».

3. La tercera época que, en términos generales, abarca otros diez años, *desde 1970 a 1980*, supone un cierto desequilibrio de fuerzas, pero no lo suficiente como para que compense la aventura bélica. En otras palabras, aunque desequilibradamente, la disuasión es bastante, por lo que la denominó época de *disuasión suficiente*.

No hacen falta las *estadísticas* ni los estudios profundos para participar de la *opinión*, muy extendida por muy cierta, de que a partir de 1970, aproximadamente, los Estados Unidos comenzaron a perder la carrera de los armamentos, particularmente, de los armamentos nucleares. Y comenzaron a perder esta carrera no solamente en el número sino también en la calidad. Si hasta un cierto punto, los norteamericanos confiaban en su superior calidad de armas nucleares, posteriormente han tenido que abandonar esta idea ante el perfeccionamiento a que están llegando los soviéticos.

La URSS supo *aprovechar* el talante negociador de ciertos presidentes norteamericanos, como Nixon o Ford para firmar tratados de limitación de armas nucleares, mientras se armaba febrilmente, en parte al amparo de los mismos. Y posteriormente, aún mejor, aprovechó la tontuna pacifista del debilísimo Presidente Carter, para imponerse netamente en el campo del armamento nuclear.

Lo que ocurre, sin embargo, es que el *arsenal nuclear* norteamericano es lo suficientemente grande y poderoso como para constituir una *disuasión suficiente*. A la Unión Soviética le basta con tener conocimiento de ello, para no aventurarse a la guerra, porque incluso aunque tuviera la seguridad de vencer, esto sería al precio de su propia destrucción, lo cual significaría que no había vencedor.

Apuntemos finalmente que parece que desde la llegada a la Presidencia de los Estados Unidos de *Regan*, la situación, felizmente para Occidente, está cambiando. ¿Nos permite esto apuntar el comienzo de una cuarta época de disuasión equilibrada o reequilibrada? Es pronto para decirlo, pero así debemos deseárselo todos los que no queremos la

guerra y, particularmente, los que no queremos entrar en ese Imperio del que no dejan salir...

III. La verdad es que el tema de la disuasión está tan repleto de *problemas* y sugerencias, que en esta conferencia solo hemos podido apuntar algunas de ellas. Hay demasiados libros y demasiados estudios para poder resumirlos. Sin embargo, no nos resistimos a añadir en este plano universal, *dos apuntes* más.

1. El primero es el de que la actual estrategia y, como consecuencia, la actual disuasión está plagada de *doctrinas* sobre el uso del arma nuclear. Las doctrinas americanas del «riesgo calculado» y de la «destrucción mutua inevitable» o la del «no primer golpe» o la del «no uso precoz» son un ejemplo. De los soviéticos, solo conocemos los cantos de sirena que nos dirigen y por ello somos reticentes a la hora de creer en sus doctrinas.

2. El segundo es un apunte de *realismo*. A mi juicio, todas estas doctrinas, todas estas dudas y vacilaciones, al menos desde el lado occidental, en cuanto al uso del arma nuclear, son producto de la tragedia imaginable que pudieran producir.

Pero lo que sí tengo por cierto, es que, si la *guerra estallase*, todas ellas quedarían en agua de borrajas y nuestra civilización, tan pretenciosa como somera en el alma del hombre, pasaría a mejor vida. Porque, la verdad, no es imaginable que si un país se ve en trance de ser destruido o simplemente de ser invadido para siempre —entiéndase bien, para siempre— dejaría de utilizar su poder atómico-nuclear por consideraciones morales.

Por ahora, la situación a escala universal, no tiene otra salida que la de la *disuasión*.

IV. LOS NIVELES MENORES DE LA DISUASION

1. La disuasión también cumple su función a otros niveles *inferiores* al de carácter universal. Y es que, igual que hay una «gran disuasión», hay *disuasiones regionales, locales* y aún *nacionales*. Y cada una de ellas tiene sus caracteres secundarios peculiares, como una breve alusión puede demostrar.

II. A nivel *europeo*, la disuasión trata de evitar, «prima facie», que el suelo de Europa se convierta en campo de batalla, aunque no cabe soslayar el dato, que está en la mente de todos, de que la guerra en Europa sería el estallido de la guerra mundial.

1. La disuasión en Europa se asienta sobre lo que vulgarmente se denomina la «*triada*», en el lado occidental. Aunque, este planteamiento también puede, a mi juicio, ser traspasado al lado soviético.

La «tríada» es la *conjunción* de las fuerzas convencionales, las nucleares de alcance medio y las nucleares de carácter estratégico. En un rápido exámen de la situación podríamos concluir que las fuerzas convencionales y las nucleares de alcance medio, están o pueden estar en las manos de la OTAN y del Pacto de Varsovia, pero las fuerzas nucleares de carácter estratégico se han conservado siempre en las Potencias que respectivamente los apoyan.

La situación en Europa es, en este momento, de franco *desequilibrio* a favor de los soviéticos Y lo demuestran los datos de fuerzas convencionales de uno y otro lado y los 350 misiles SS-20 instalados por los soviéticos, frente a la docena de Pershing y Cruiser que empiezan a ser instalados en el lado occidental. pero es que también lo reconoció *Breznev*, pues en 1977, cuando apenas habían instalado los soviéticos ocho o diez misiles, dijo que no quería romper el equilibrio europeo... y, para ello, optó por instalar otros trescientos apuntándonos a todos.

2. Como no podemos extendernos más, me *limito* a decir que, para mí, la disuasión en el marco europeo es lo que podría llamarse una «disuasión heterónoma» del lado del Pacto de Varsovia y una «disuasión apoyada» desde el ángulo de la Otan. Y no puedo detenerme más en el significado de estas expresiones.

III. Finalmente, no quiero terminar sin decir algo sobre la disuasión de que puede gozar *España*, ahora que tan de moda han puesto eso de la posición española respecto a Europa y al mundo occidental. Solamente caben dos opciones:

1. La integración española en la *OTAN* con lo cual pasaría a gozar de la disuasión política de la Alianza y de la militar que la propia Alianza tiene o recibe. Pertenecer a la OTAN es contribuir a la defensa occidental, pero también beneficiarse de ella. Y, también, beneficiarse de otras muchas cosas de carácter no bélico como la cultura, la técnica e incluso la economía. España está en el mundo occidental y no tiene por qué ser diferente...

2. La otra opción, que defienden algunos grupos políticos, es la de la *neutralidad*. Esta es una opción imposible. No es neutral el que quiere, sino el que puede y al que le dejan.

La disuasión en *solitario* es muy cara y nosotros no podemos pagarla. Suiza, para un espacio aéreo docé veces menor que el de España, tiene un tercio de aviones más. Suecia, para cuatro quintas partes tiene el doble. Saquense las consecuencias.

V. CONCLUSIONES

I. Llegados a este punto, hemos llegado también al momento de preguntarnos por las *conclusiones* que podemos deducir de lo expuesto.

Creo, que ha quedado suficientemente claro, que *no creo* que hay otra forma de evitar la guerra y mantener la paz, que la de la disuasión real, la que tiene su fundamento en la fuerza. A mí, lo demás, me parecen palabras, palabras, palabras... como Hamlet respondió a la pregunta de Polonio.

Y creo que la paz actual, se mantiene por la *disuasión* que lleva consigo la existencia de dos arsenales nucleares con la suficiente envergadura como para destruir con una parte de cada parte, el mundo que habitamos.

II. El planteamiento de la *relación* de disuasiones, tal como está actualmente, supone un *equilibrio* de fuerzas a nivel global, de tal forma que no es posible separar espacios como si fuesen compartimentos estancos.

De este modo, la «gran disuasión» está *actuando* a través de una serie de disuasiones menores, como, por ejemplo, la que todavía mantiene libre a la mitad occidental de Europa.

Fuera de las dos *Superpotencias*, ningún país tiene fuerza suficiente como para disuadir por sí mismo e incluso los países que son neutrales o adoptan una política de neutralidad, cuentan implícitamente con el apoyo de una u otra de tales Superpotencias.

III. La disuasión tiene, que duda cabe, sus planteamientos *morales*, pero la verdad es que actúa como si no los tuviese, porque lo que está en juego es el instinto de *conservación*.